

acaricia una niña, ya un padre ó un marido les recomienda lo que mas aman. Llámalos la esperanza por la diestra, aclámalos la gratitud por la siniestra; hácenles el pieo como á los pichones; déjense ellos querer, y á la vuelta de seis meses encuéntranse acostumbrados y quedan hechos unos golosos sin redencion (*post redemption*).

Esto mismo me arrojé á expresar un dia en un convite en que yo era el noveno, bajo la presidencia del doctor Corvisart: el caso fué por el año 1806.

—Vosotros, exclamé con el acento y el ademan inspirados de un predicador puritano, vosotros sois los últimos restos de una corporacion que antaño cubria la Francia entera. ¡Ay! ¿se han acabado ó andan dispersos sus miembros! Ya no quedan renteros generales, ni abates, ni caballeros, ni frailes blancos; todo el cuerpo *gustador* reside en vosotros solos. Sostened con firmeza tan grande peso, aunque os cupiese la infausta suerte de los trescientos espartanos en el paso de las Termópilas.

Dije, y nadie chistó: obramos de conformidad y la verdad se está en su lugar.

En la misma ocasion hice una observacion que merece transmitirse á la posteridad.

El doctor Corvisart, que era muy amable cuando queria, no bebia sino vino de Champaña con hielo. Desde el principio de la comida y mientras los demás convidados se ocupaban en comer, él charlaba y alborotaba por todos. A los postres, por lo contrario, y cuando comenzaba la conversacion á animarse, se puso serio, taciturno, y aun de vez en vez melancólico.

De esta observacion y de otras muchas conformes, he deducido el teorema siguiente:

“El vino de Champaña, que es excitativo en sus primeros efectos (*ab initio*), es estupefactivo en los que siguen (*in recessu*).” Lo que no es mas que el efecto notorio del gas ácido-carbónico que contiene.

REPRENSION.

65.

Ya que tengo á los doctores titulados entre las manos, no quiero llevarme á la huesa la reprimenda que debo hacerles por la excesiva severidad con que tratan á sus enfermos.

Al punto que cualquiera tiene la mala suerte de caer en sus manos, tiene que pasar por una letanía de prohibiciones y que privarse de cuanto le han hecho grato nuestras costumbres.

Reclamo yo contra las mas de esas prohibiciones como inútiles.

“Inútiles” digo, porque casi nunca apetecen los enfermos lo que les fuera nocivo.

El médico razonado nunca debe perder de vista la tendencia natural de nuestras inclinaciones ni echar en olvido que si las sensaciones dolorosas son funestas por su naturaleza, tambien las que son gratas disponen para la salud. Mas de una vez se ha visto que un poco de vino, una cucharada de café, unas cuantas gotas de licor han hecho sonreir los rostros mas hipocráticos.

De mas á mas es preciso que tengan entendido esos ordenadores severos, que sus prescripciones casi nunca producen su efecto; pues el enfermo trata de excusarlas, y los que le asisten no dejan nunca de tener razones para darle gusto, y no por eso mueren mas ni menos.

La racion de un ruso enfermo, en 1815, habria achispado al mejorcito, y la de los ingleses habria hartado á un limusino. Y no habia medio de cercenarles nada, pues habia inspectores militares que visitaban de continuo nuestros hospitales y cuidaban á un tiempo del alimento y del consumo.

Doy yo mi parecer con tanta confianza por cuanto á que está apoyado en datos numerosos y que los prácticos mas afortunados no se desvian mucho de este sistema.

El canónigo Rollet, muerto hará cosa de cincuenta años, era bebedor, segun el uso del tiempo antiguo: cayó enfermo, y lo primero que hizo el médico fué prohibirle de todo punto el vino. Sin embargo, á la siguiente visita el doctor halló al

enfermo acostado, y delante de su cama vió un cuerpo de delito cási completo, á saber: una mesa cubierta de un mantel limpiecito, un vaso de cristal, una botella de magnífica apariencia y una servilleta para enjugar los labios.

Al ver esto volóse el facultativo, y ya estaba tratando de despedirse cuando el desdichado canónigo le gritó con voz lastimera:

—Doctor, tenga usted presente que con prohibirme el beber no me ha vedado usted el gusto de ver la botella.

El facultativo que asistía á M. de Montlusin de Pont-de-Veyle fué todavía mucho mas cruel, pues no ya solo vedó el uso del vino á su enfermo, sino que le prescribió que bebiese agua en grandes dósis.

A poco de ido el doctor, madama de Montlusin, celosa de sostener la prescripcion y de ayudar á que recobrase la salud su marido, le presentó un buen vaso de agua de la mas hermosa y trasparente.

Recibióle con docilidad el enfermo y púsose á beber con resignacion; pero se suspendió al primer trago, y volviendo el vaso á su mujer:

—Toma eso, vida mia, díjole, y guárdalo para otra vez: siempre he oido decir que no es bueno jugarse con los remedios.

LOS LITERATOS.

66.

En el imperio gastronómico la residencia de los literatos está inmediata á la de los médicos.

En el reinado de Luis XIV eran ebrios los literatos: conformábanse en esto con la moda, y las memorias del tiempo contienen sobre el particular cosas grandes y maravillosas. En el día son golosos, en lo cual hay ya una mejoría.

Muy distante estoy de pensar como el cínico Geoffroy que decía que la falta de fuerza de las producciones modernas estriba en que no beben los autores sino agua azucarada.

Por el contrario, yo entiendo que ha caído en doble equivocacion aquel y que ha errado así en el hecho como en la consecuencia.

Abunda en talentos la época actual; acaso se perjudican por su número, pero la posteridad, juzgando con mas calma, encontrará en ellos mil motivos de admiracion: así es como nosotros hemos hecho justicia á las obras maestras de Racine y de Molière que fueron recibidas con frialdad por sus contemporáneos.

Nunca ha sido mas lisonjera la posicion de los literatos.

Ya no viven en las regiones encumbradas que en otro tiempo les reprochaban; hanse vuelto mas fértiles los dominios de la literatura; las aguas del Hipocrene tambien traen pepitas de oro: iguales de todo el mundo, no oyen ya el lenguaje de la protectoría, y por complemento de bienes cōmalos de sus mas especiales favores la Gula.

Convídase á los literatos á causa del aprecio que de sus talentos se hace, porque en general tiene algo de picante su conversacion, y tambien porque de algun tiempo acá se ha hecho de estilo el que toda tertulia tenga un literato.

Siempre llegan algo tarde estos señores; recibenlos mejor por eso, pues que son deseados; engolosínalos para que vuelvan, regálanlos para que brillen, y como conceptúan todo ello muy en el órden, acostúmbranse á este trato y se vuelven y quedan hechos golosos.

Aun han adelantado tanto las cosas, que ha llegado á verse algo de escándalo. Algunos hurones han pretendido que ciertos almorzadores se han dejado seducir, que ciertas promociones han salido de ciertos pasteles, y que el templo de la inmortalidad se habia abierto á mas de cuatro tenedores. Pero era esto obra de malas lenguas, y han caído estos rumores como otros muchos: lo que está hecho está bien hecho, y no lo menciono aquí sino para dar á conocer que me hallo al tanto de todo lo que está relacionado con mi asunto.

DE LOS DEVOTOS.

67.

Por último, la Gula cuenta muchos devotos entre sus secuaces mas fieles.

Entendemos por DEVOTOS lo mismo que entendian Luis XIV y Molière, es decir, los hombres cuya religion consiste

toda en prácticas exteriores: nada tienen que ver con estas las gentes piadosas y caritativas.

Veamos cómo les viene la vocación. Entre los que quieren ganarse la gloria, la mayor parte busca el camino más llano: los que huyen el trato, duermen sobre duro y traen cilicios, han sido siempre y nunca dejarán de ser meras excepciones.

Ahora bien, hay cosas condenables á todas luces y que nunca puede uno permitirse, como el baile, los espectáculos, el juego y otros pasatiempos semejantes.

Mientras que abomina uno estas cosas así como á los que las practican, la Gula se presenta y se desliza con una cara de lo más teológica.

De derecho divino el hombre es el rey de la naturaleza, y cuanto la tierra produce ha sido criado para él. Para él engorda la chochaperdiz, para él tiene tan suave perfume el *moca*, para él es beneficioso á la salud el azúcar.

Siendo esto así, ¿cómo no habíamos de usar, á lo menos con la necesaria moderación, de los bienes que nos ofrece la Providencia, particularmente si no dejamos de considerarlos como cosas perecederas, y si exaltan nuestro agradecimiento al autor de todo lo criado?

Razones de no menos peso vienen también á reforzar estas. ¿No estamos obligados á recibir lo mejor posible á los que dirigen nuestras almas y nos llevan por el camino del cielo? ¿No estamos en el deber de hacer amables, y por lo mismo más frecuentes unas reuniones cuyo fin es excelente?

También suele suceder que los dones de Como llegan sin que sean solicitados; ora son obra de un recuerdo del colegio, de cariño de una antigua amistad, de la humildad de una penitenta, de la memoria de un colateral, del agradecimiento de un protegido. ¿Cómo desairar semejantes ofrendas? ¿Cómo no recibirlas? Es mera necesidad.

Por otra parte, siempre ha sucedido lo que sigue:

Las iglesias eran unos verdaderos almacenes de las golosinas más adorables; y cátese por qué ciertos aficionados las echan menos con tanta amargura (1).

(1) Los mejores licores de Francia se hacían en la Cota en la casa de las salesas: las monjas de Nicorta han inventado la confitura de angélica; tienen mucha fama los panes de azahar de las religiosas de Castillo

Varios órdenes monásticos, sobre todo los bernardinios, hacían profesión de comer con regalo. Los cocineros del clero han dilatado los límites del arte, y cuando M. de Pressigny (muerto de arzobispo de Besanzon) regresó del conclave que había nombrado á Pio VI, decía que la mejor comida que hubiese hecho en Roma, había sido en la casa del general de los capuchinos.

LOS CABALLEROS Y LOS ABATES.

68.

No podemos terminar mejor este artículo que haciendo una mención honorífica de dos corporaciones que hemos visto en toda su gloria, y que la revolución ha eclipsado: los caballeros y los abates.

¡Cuán golosos eran los amigotes! imposible era equivocarse al verles sus narices abiertas, sus ojos despabilados, sus



lustrosos labios y sus lenguas inquietas; sin embargo, cada clase tenía una manera de comer que le era particular.

Los caballeros tenían algo militar en su actitud: administrábanse con majestad los bocados, trabajábanlos con calma, y paseaban horizontalmente del dueño á la dueña de casa, unas miradas de aprobación.

Los abates, al contrario, se apiñaban para acercarse al plato; redondeábase su mano derecha como la pata de gato que saca la presa de la lumbre, su fisonomía expresaba el

Tierry; y las ursulipias de Belay tenían para las nueces confitadas una receta que era un tesoro de amor y de gollorío. Es de temer ¡ay! que se haya perdido.

mas vivo deleite, y sus miradas tenian algo de concentrado que es mas fácil concebir que no significar.

Como las tres cuartas partes de los que componen la generacion actual no han visto nada que se parezca á los caballeros y á los abates que acabamos de designar, y como es no obstante indispensable conocerlos para entender bien muchos libros escritos en el siglo diez y ocho, tomaremos de autor del TRATADO HISTÓRICO SOBRE LOS DESAFÍOS algunas páginas que nada dejarán por desear acerca de esto. (Véanse las VARIEDADES número 20.)

LONGEVIDAD ANUNCIADA A LOS GOLOSOS.

69.

Segun mis últimas lecturas, tengo sumo gusto, un gusto cual no es decible, de poder dar á mis lectores una buena noticia, á saber: que el regalo en la comida está léjos de ser nocivo á la salud, y que tanto á tanto los golosos viven mas tiempo que los demás. Lo cual se prueba aritméticamente en una memoria muy bien trabajada, leida últimamente en la Academia de las ciencias por el doctor Villermet.

Ha comparado este los diversos estados de la sociedad en que se come regaladamente con los otros en que se come mal, y ha recorrido la escala por entero. Tambien ha comparado entre sí los diversos cuarteles de Paris en que se vive con mas ó menos desahogo, y donde se sabe que bajo este respecto existe una diferencia extrema, como por ejemplo entre el arrabal San Marcelo y la Calzada de Antin.

Por último, el doctor ha llevado sus pesquisas hasta á los departamentos de Francia, y ha comparado bajo el mismo respecto los que son mas ó menos fértiles: por todas partes ha sacado por resultado general que la mortalidad disminuye en la misma proporcion que aumentan los medios de sustentarse, y que así, aquellos á quienes la fortuna somete á la desgracia de sustentarse mal, pueden siquiera tener por seguro que la muerte los sacará de penas mas presto.

Los dos extremos de esta progresion son que en el estado mas favorecido de la vida, no muere al año sino un individuo sobre cincuenta, mientras que entre los que están ex-

puestos á la miseria, muere uno sobre cuatro en el mismo espacio de tiempo.

No es decir que los que se regalan no enfermen nunca; ¡ay! tambien ellos caen en el dominio de la facultad, la cual tiene costumbre de designarlos bajo la calificación de "buenos enfermos;" pero como hay en ellos una buena dosis de vitalidad, y como todas las partes de la organizacion están mejor nutridas, tiene mas recursos la naturaleza y el cuerpo resiste incomparablemente mejor á la destruccion.

Esta verdad fisiológica puede asimismo apoyarse en la historia que nos enseña que siempre que algunas circunstancias imperiosas, tales como la guerra, los sitios, el desarreglo de las estaciones, han disminuido los medios de alimentarse, siempre ha ido este estado de angustia acompañado de enfermedades contagiosas y de notable aumento de mortandad.

La caja Lafarge, tan conocida de los parisienses, habria sin duda alguna prosperado si los que la han establecido hubieran tomado en cuenta en sus cálculos la verdad de hecho particularizada por el doctor Villermet.

Habian ellos calculado la mortalidad por los cálculos de Buffon, de Parcieux y otros, los cuales tienen todos por base unos números tomados en todas las clases y en todas las edades de una poblacion; pero como todo el que pone un capital para proporcionarse descanso en lo venidero ha escapado generalmente de los riesgos de la infancia, y está acostumbrado á una comida arreglada, esmerada y algunas veces suculenta, no hay dato ninguno para la muerte, quedando frustradas las esperanzas y fallidos los cálculos.

Seguramente esta no ha sido la única causa, pero sí es elementaria.

Esta observacion nos la ha sugerido el señor profesor Sobretodo.

M. du Belloy, arzobispo de Paris, que ha vivido cerca de un siglo, era persona de un apetito muy cumplido: gustábasele regalarse, y no pocas veces le he visto bailarle los ojos á la presencia de un bocado egregio.

Napoleon le manifestaba siempre deferencia y respeto.